

# Filosofía alpinista

Adán Medellín



Cara sur del Everest, vista desde Kala Patthar,  
en Nepal. Fotografía: Creative Commons

*TRAS LAS HUELLAS DE NIVES. En el Himalaya con una alpinista* es un breve volumen que recopila las conversaciones del escritor italiano Erri de Luca (Nápoles, 1950) y la alpinista Nives Meroi, famosa por ser una de las tres mujeres en el mundo que ha escalado la mitad de los picos que sobrepasan los ocho mil metros de altura. Fiel al equipaje de quien emprende una travesía, es un libro delgado, ligero, para llevar en el camino y hacer compañía sin hacer pesada la alforja.

Estructurado en fragmentos con subtítulos temáticos que usan desde conjunciones (“sin”, “pero”) hasta metáforas (“la luz sembrada”), de Luca ahonda en la filosofía de vida que lleva a una mujer madura a arriesgar la vida en distintos momentos del año con una misión que coquetea con la trascendencia: el ascenso a una cumbre en un contexto de privaciones, pruebas y peligros. Tarea mística por simbolismo literario y espiritual, durante la escalada se deja atrás la vida cotidiana y terrena liberándose de pesos, en busca de una meta elevada donde sólo la soledad y la nieve confirman los logros mentales y físicos del aventurero. Desde tiempos antiguos, “los pueblos que residen a los pies de las montañas colocaron a menudo a las divinidades en los montes... y los accidentes mortales confirmaban el descontento de los dioses ante las visitas”. El viento, como un espíritu, es el compañero pertinaz del solitario ahí donde falla la vista o el cuerpo queda envuelto en la bruma o la ceguera blanca:

El viento es una persona. Le hablo, le cuento cosas, pienso que en cierto modo él también quiere escuchar. Empiezo a susurrar algo, una oración, un trozo de canción, y parece como si se pusiera a escuchar, como si se calmara un poco. O al revés, grita más fuerte como respuesta, para contar algo él. Su furia son las ganas de ser escuchado. En alta montaña, el viento es el dueño del tiempo.

Estas premisas marcan inevitablemente la profundidad de las reflexiones y las lecciones filosóficas que el libro ofrece, pero no limitan al texto a una lectura trascendente. Ascender a la cumbre es una tarea de despojamiento no sólo espiritual, sino práctico. Lleva a plantearse qué llevar, por qué y para qué hacerlo. Revalora el amor, el arraigo, el miedo, el límite de las

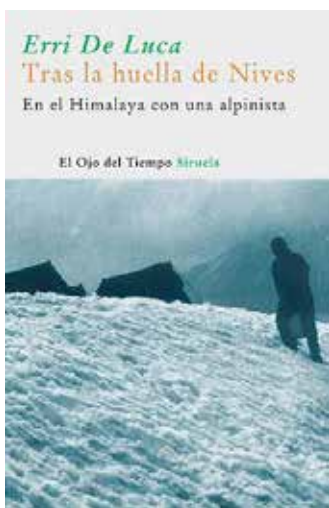
fuerzas humanas. Ascender es una carta de identidad, un eje vital silencioso, la obsesión que determina a un individuo. Justamente las palabras ausentes de retórica de Nives logran el efecto de reducir lo literario y lo sublime para entregarnos una rasposa comprensión de la vida, convertida en una disciplina del paso a paso, del instante presente, de la atención y la conciencia corporales.

Los pasos que te llevan a la cima son exánimes y sin embargo ligeros, estás en el momento de máximo desgaste del cuerpo, de máxima pérdida de peso, músculos y células cerebrales, ya estás con el zumbido de colmena en tu cuerpo, un ruido de fibras que se aferran entre sí, que compactan los tejidos: la cima, por fin. Es el más cierto de los límites sobre los que pones el pie. No sé qué es para el prisionero el día final de su condena, qué es para el enfermo la llegada del alba, qué es para un escritor la última palabra de su libro, pero debe parecerse a la cima, a la promesa mantenida al niño que se alborota en cada uno de nosotros.

Porque en la cumbre, además del silencio, hay otro valor sagrado: la respiración. El aire se agota conforme uno asciende y las palabras que intercambian de Luca y Nives se vuelven cada vez más medidas, precisas y cortantes, están arrancadas a la agitación, a la fatiga y a la necesidad vital de la materia más básica del lenguaje: aire entrando en el cuerpo y devolviéndose en emanaciones, suspiros y vocablos rápidos, intercambios mínimos antes de llegar al sueño o al desplome tras una jornada extenuante. Se trata de una poesía pura fuera de toda figuración poética. El amor, la muerte, el miedo, el enojo o el triunfo se condensan en el paso siguiente, el otro:

Llegamos a la cima con los nervios erizados, los pelos de punta que presionaban bajo la capucha, el miedo a chocar con los crampones contra una piedra y desencadenar la chispa que pilotara la descarga. Fue una ascensión eléctrica, con la cima coronada bajo un cielo sucio, como cuando dejas los platos a remojo la noche anterior y te encuentras en el fregadero el agua turbia.

Tras el vacío en que el alpinista se sume en la coronación de una cumbre, Nives advierte algo que suele olvidarse: aún es necesario descender, cancelar, descoser los puntos



Erri de Luca  
*Tras las huellas de Nives. En el Himalaya  
con una alpinista*  
Madrid, Siruela, 2006, 131 pp.  
(El Ojo del Tiempo)

y señales, recoger los enseres y no ceder a la tentación del “violento deseo físico de saltar un paso, alargarlo un poco, apresurarlo ante el famélico afán de oxígeno, la súplica del cuerpo por volver”.

Es posible que de Luca haya intervenido el estilo de las palabras alpinas. Ha convertido la dureza y la contingencia de la voz de Nives en un lenguaje seco y muscular, empobrecido por necesidad física y preciso por convicción, y sin embargo enriquecido por la sensación de cercanía e intimidad con la mujer, por su llaneza matizada de sabiduría vital, a las que el narrador añade las lecturas de salmos y profetas veterotestamentarios que de Luca salpica sin molestar al lector y trazan una añeja referencia para asir la revelación de la travesía alpinista. No obstante, las ideas de Nives se mantienen en su esencia y no se recubren de posturas románticas alrededor del paisaje. Aquí la montaña no es mero ingrediente ni material estético. Es una fuerza viva, condicionante, protagonista.

Los viajes al Himalaya siguen haciéndose a pie: “hay que caminar para acercarse a las montañas y las distancias vuelven a ser reales. La lentitud permite entrar en el paisaje, fijar los sentidos en él”, dice Nives. Estas cumbres son una presencia de respeto que posee su propia vida y su lógica, sus cobranzas y deudas. Un catalizador narrativo de los hombres y mujeres que se

le entregan. Las palabras que engendran son las del ser que sobrevive y ha regresado con la voz de numerosos fantasmas, extraviados y ausentes en sus brechas.

A mí me pesa también la idea de ser un resto de las palabras de los demás, que otros ya no pueden decir. Es una responsabilidad que me abochorna, porque cuento las historias por ellos también, por los ausentes. En la montaña hay quien muere, voluntariamente desde luego, sin haber sido mandado por nadie, cada uno se manda a sí mismo y hay quien muere, incluso los mejores, los veloces, los más fuertes. Así que pienso que las mías son también historias tuyas, que yo las transporto y las acojo, y que cuando muevo los labios se están moviendo los tuyos también, y me entra la sensación de ser coro mientras relato, me entra vértigo contando, padezco el vacío bajo las palabras, no soy capaz de decirlas.

De Erri de Luca hay que admirar la capacidad con que alcanza un libro potente, armado de una profundidad simple y genuina, en un terreno fangoso donde la literatura puede ceder al impulso de convertirse en doctrina de mística falsa o resabios de sabiduría pedante. De Luca se guarda de eso quizá porque él mismo posee la mirada del practicante y del iniciado que escala montañas por necesidad, ánimo propio y convicción personal. Entiende que las palabras en la montaña no valen por ser poesía, sino por transmitir lo esencial de la vida o la muerte. “Heme aquí”, dice Nives, “aquí estoy, expuesta al cielo, al viento, untada sobre la superficie inmensa, le pertenezco, soy una migaja suya dotada de intención”.

Palabras del condenado a sus propias limitaciones, voces del extranjero en un territorio hostil a la mayoría de su especie, pero que se reconoce dentro de su arrebatado extenuante. Eso permite que el autor no barnice, sino que desnude desde sus propios interrogantes la experiencia física, aún misteriosa, que lleva a unos pocos seres a entregarse a la montaña, y después de eso —sólo después de la adrenalina, el cansancio, los edemas, la espera del cambio en el clima, los pies en peligro de congelación o la aceptación de la inmensidad natural y la pequeñez humana— se siente a escribir ese oscuro entramado de signos que los hombres que viven debajo de la cima llaman literatura. 